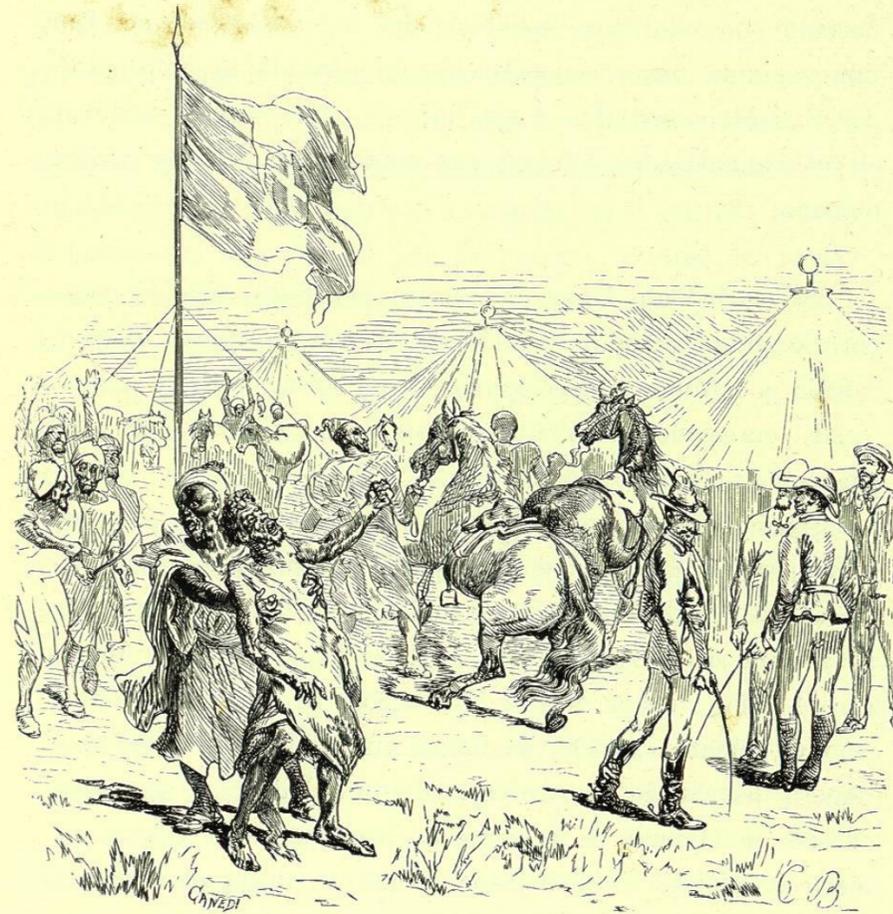


fué separada de la provincia; reconstruyóse la morada del gobernador, y Sidi-Mahomed-Ben-Auda, hermano del muerto, huésped de la embajada italiana, obtuvo el gobierno de la tierra de sus mayores. Una pasajera manifestación de la desesperación contra la tiranía, seguida de una tiranía más dura contra la desesperación: á estas alternativas se reduce la historia de todas las provincias del imperio. Probablemente existe ya el Ruqui de Sidi-Mahomed-Ben-Auda.

Antes del ocaso llegamos al campamento levantado á corta distancia de aquel jardín, en una llanura solitaria, al pie de una loma, en cuya cima se destacaba una *casba* sombreada por una palmera.

En cuanto llegó el embajador fué presentada la *mona* que, como siempre, se depuso ante su tienda en presencia del intendente, del caid, de los soldados y de la gente de servicio. Mientras tuvo lugar la distribución, levantando los ojos hacia la *casba*, distinguí un hombre de elevada estatura y aspecto singular, que á grandes pasos descendía á lo largo de la cuesta en dirección al campamento. No cabía duda, era el ermitaño, el santón que venía con ánimo determinado. Esperé sin desplegar los labios. En lugar de penetrar en el campamento dió la vuelta por la parte exterior, para salir delante de la tienda que el embajador ocupaba. Acercóse de puntillas. Era una figura sepulcral, cubierta de andrajos negros, que daba asco y miedo al par. De repente se detuvo, lanzóse en medio de nosotros, y habiendo reconocido al embajador por el uniforme, dirigióse contra él aullando como un poseído. Apenas había comenzado á gritar, cuando el caid, con la velocidad del rayo, se le echó encima, lo agarró de los cabezones y lo derribó en medio de los soldados que en un santi-

amén lo sacaron del campamento apagando con las capas su voz de trueno. El señor Morteo se apresuró á traducirnos las invectivas de aquel desgraciado: «Exterminio y muerte á toda esta



Un santón endiabrado

raza maldita de perros cristianos que abusan del Sultán y hacen cuanto se les antoja, en tanto que nosotros morimos de hambre.»

Poco tiempo después de la presentación de la obligada *mona*, llegaron al campamento más de cincuenta esclavos

árabes y negros, dispuestos en hilera, que en grandes fuentes, cubiertas por altísimas tapaderas cónicas, de paja, nos traían huevos, pollos cocidos, tortas, confituras, asados, alcuzcuz, ensalada, confites, todo en tanta abundancia, que habría bastado con ello para saciar á una tribu hambrienta. Era una segunda *mona* espontáneamente ofrecida al embajador, por Sidi-Mahomed-Ben-Auda, tal vez para hacerse perdonar el ceño amenazador con que nos contemplara aquella misma mañana.

No se habían depuesto aún los presentes, cuando apareció el gobernador seguido de sus cinco hijos, todos á caballo, y de un verdadero ejército de esclavos.

El embajador los recibió en su tienda y habló con ellos por medio del intérprete.

¡Qué conversaciones! Y sobre todo, ¡qué gente! El embajador preguntó á uno de los hijos si había alguna vez oído hablar de Italia. Contestó que la había oído nombrar *varias veces*. Uno de ellos preguntó, cuál de los dos países, Inglaterra é Italia, distaba más de Marruecos. Preguntaron cuántos cañones teníamos, cómo se llama nuestra capital y de qué manera iba vestido nuestro rey. Mientras hablaban, se fijaron los seis en el nudo de nuestras corbatas y en las cadenas de nuestros relojes. El embajador dirigió al gobernador alguna pregunta relativa á la extensión y población de sus dominios; pero sea que lo ignorara, sea que no quisiese decir lo que sabía, temeroso de que la pregunta encerrara un segundo fin, no hubo manera de arrancarle una contestación categórica.

—La población, —recuerdo que dijo,—no puede conocerse exactamente.

—Pero bien,—se le observó,—de un modo aproximado...

—Es que tampoco es fácil saberlo de un modo aproximado.

No pudo sacársele de aquí.

Después nos dirigieron á nosotros varias preguntas, tales como: si nos había gustado la ciudad de Alcázar; qué nos parecía el país; si encontrábamos buena el agua; si nos gustaría vivir en Marruecos; por qué no habíamos traído con nosotros nuestras mujeres; cuántos soldados puede tener bajo sus órdenes el capitán que nos acompañaba; si era muy grande el buque que mandaba el jefe de marina, y otras del propio tenor. Durante esta conversación se tomó el té, y después de muchas cortesías y apretones de mano, y protestas de amistad, cabalgaron de nuevo, metieron espuelas á sus caballos y desaparecieron como el rayo. Digo siempre con toda intención desaparecieron en vez de se marcharon, como uso aparecer en vez de venir, porque como no se ve en parte alguna aldea, habitación, ni cosa parecida, cuantos llegan y se van, nos producen el efecto de gentes que brotan de las entrañas de la tierra, ó se disipan en la inmensidad del espacio.

Aquella jornada, como las que la habían precedido, concluyó con una tranquila y magnífica puesta de sol y una comida alegre y regocijada. En cambio la noche fué una de las más agitadas del viaje. Fuese porque la comarca del Seffian exigiera mayor vigilancia para la seguridad de la embajada italiana, de la que hasta entonces había sido menester; sea por otras causas que no pude averiguar, es lo cierto que los centinelas nocturnos estuvieron en vela durante la noche, cantando de cuarto en cuarto de hora algunos versículos del Corán. Para esto uno de ellos entonaba la plegaria, y los demás respondían á coro en alta voz, á la cual se mezclaba

el relinchar de los caballos y los ladridos de los perros. En cuanto lográbamos conciliar el sueño, nos despertábamos, en términos que nos fué imposible pegar los ojos en toda la noche. Para colmo de desventura, al mediar de ella, en uno de los intervalos de silencio, resonó de repente en medio del campo una voz ronca y desapacible, que continuó oyéndose hasta que lució la luz del nuevo día: á veces se acercaba, otras veces se oía apenas, después volvía á resonar más próxima á nosotros, en tono amenazador en ocasiones, de desesperación, de tristeza en otras, prorrumpiendo de cuando en cuando en gritos agudísimos y estridentes carcajadas que helaban la sangre en el cuerpo. Era el santón que erraba en derredor del campamento, llamando sobre nosotros las maldiciones de Dios. Cuando al amanecer salimos de la tienda, lo vimos aún tieso como un espectro delante de su *casba* solitaria, teñida de rojo por los primeros rayos del sol, que con las manos en la cabeza continuaba lanzándonos maldición tras maldición con voz ronca y entrecortada.

Busqué al cocinero para conocer su opinión respecto de tan extraño personaje; mas encontréle tan ocupado que no tuve valor para bromearme con él. Estaba preparando el café, rodeado de una muchedumbre impaciente que no le dejaba respirar. Los vigilantes le hablan en árabe, Ranni en siciliano, el calafate en el dialecto de Nápoles, Hamed en español, y M. Vincent en francés.

—*Ma se ìv capisso nen, facie da forca!* (¡Si entiendo una palabra que me ahorquen!)—gritaba desesperado.—Esto es una Babilonia, dejadme respirar, ¿queréis concluir conmigo?—*Oh che pais, mi po'r'om! Tutti a parlo e nessun a l'è bon a fesse capi!* (Todos hablan, y ninguno sirve para darse á entender).

En cuanto le ví un tanto desocupado indiquéle al santón que seguía aullando y le pregunté:

—¿Qué me dices de aquéllo?

Levantó los ojos en dirección á la *casba*, contempló al santón durante un rato, y luego con ademán de profundo desprecio, contestó con acento piamontés:

—*Guardo e passo!* (Miro y paso).

Y reentró majestuosamente en la tienda.



Encontramos al gobernador Bu-Bekr-ben-el-Abbassi